

Infancia y movilidad. Toparse con la realidad

Marta Román, geógrafa Gea21

Marzo 2015

“Cuando se trata de la infancia, lo primero es su SEGURIDAD”

Todos los que trabajamos con niñas y niños tenemos esta máxima enmarcada. Parece que socialmente hay un consenso unánime sobre esta cuestión. La seguridad en mayúsculas es una exigencia esencial cuando se trata de la infancia.

A lo largo de mi ponencia voy a intentar explicar brevemente cómo hemos llegado hasta aquí, por que la seguridad se ha situado en un espacio tan privilegiado cuando se habla de este grupo social y, en segundo lugar, las repercusiones que tiene este sentir común sobre la infancia y sobre la sociedad en su conjunto.

La infancia, un valor en alza

Nuestros niños han adquirido una alta cotización en la valoración social. Su clara inferioridad numérica – desde finales del siglo pasado los mayores de 64 años superan en número a los menores de 16 en España por primera vez en la historia-, les ha convertido en un bien escaso que, como tal, les hace incrementar su valor.

Su menor peso poblacional ha contribuido a reducir su visibilidad pública y su capacidad de negociación con el mundo adulto. La desaparición de los niños de los espacios colectivos de forma libre y autónoma, les ha confinado en el hogar o en espacios acotados previstos especialmente para su cuidado. De esta manera se ha reducido el roce y la convivencia intergeneracional espontánea entre adultos y menores.

Este déficit de relación cotidiana entre personas de distintas edades –con las bondades y conflictos que toda relación conlleva- ha permitido a nuestra sociedad recrear un mundo idílico imaginario de representación de la infancia. Una nueva imagen social que tiene más que ver con la fantasía, que con las vivencias y las experiencias de los propios niños y niñas y de quienes se ocupan de su cuidado.

La encarnación de valores excelsos como la bondad, la inocencia o la espontaneidad, así como una imagen extendida de su fragilidad e incapacidad para cuidar de si mismos y manejarse por su cuenta, sitúa a los niños -hasta entrada en la adolescencia- en un lugar simbólico intocable: “A niñas y niños no les puede pasar nada”.

Criaturas únicas

Deseados y únicos, nuestros niños “de lujo” han asumido también un nuevo papel dentro de la cosmología familiar. En una época caracterizada por los cambios y la inestabilidad en todos los ámbitos de la vida, estos seres deseados se convertirán en la principal fuente de energía emocional de sus mayores. Frente a un mundo impredecible y cambiante, donde las relaciones laborales, familiares y sociales son cada vez más

inestables y precarias, la relación materno/filial o paterno/filial se convertirá en el vínculo emocional más estable para los adultos. Así, estos seres de apariencia frágil concentrarán un inmenso poder para satisfacer las necesidades afectivas de sus mayores.

Extremar la protección de los pequeños tendrá, por lo tanto, mucho que ver con las inseguridades percibidas por los adultos y con la fuerte dependencia emocional que depositamos en estas criaturas. La intolerancia a que ellas o ellos corran el más mínimo riesgo lo podemos vincular más con nuestro propio bien que con su propio bien.

La crianza aislada

A pesar de este sentir común sobre el elevado valor de los menores, tener un hijo no es tarea fácil en nuestra sociedad. Lo que antes proveía la calle de forma sencilla y generosa: juego, entretenimiento, relaciones, ejercicio físico, cuidados o apoyo mutuo, se tendrá ahora que solventar en el seno de los hogares. Los niños salen perdiendo porque, por muy maravillosos que sean papá o mamá, difícilmente pueden suplir con su tiempo, esfuerzo, imaginación o dinero todo lo que daba esa diversa y compleja red de referencias

La privatización de la crianza va ineludiblemente asociada a un proceso de inhibición social. Las únicas referencias que quedan legitimadas para encargarse de niñas y niños son ahora sus familiares directos y, de manera subsidiaria, los profesionales de la educación. Todo lo que tenga que ver con los menores se atribuirá a alguno de estos dos ámbitos –la casa o la escuela- sobre los que recaerá todo el peso y toda la responsabilidad de su educación y cuidado.

El triunfo de la privacidad sobre lo colectivo, el triunfo de la casa frente a la calle, la ausencia de infancia y de actividades estanciales, deriva en el vaciamiento del espacio público que da paso al miedo y a la percepción de inseguridad.

Los medios de comunicación, lejos de ahuyentar miedos, sirven de altavoz para incrementar el temor y crear una situación permanente de alarma cuando se trata de la infancia. Recordemos que cualquier daño a un menor atenta contra uno de los símbolos intocables de nuestra sociedad, algo que va mucho más allá del hecho en sí mismo. Por eso, un suceso que tenga como protagonista a un niño o a una niña, será difundido, repetido y recreado desde todos los ángulos una y mil veces.

Aislados en el búnker doméstico, desconectados de las redes de proximidad que generan confianza, la población terminará percibiendo su entorno como hostil y extremando los sistemas de autoprotección.

Una nueva forma de ejercer la paternidad/maternidad

Las madres y padres entenderán que una de sus labores principales será ejercer un control férreo para salvaguardar a sus criaturas de todo ese peligro que aunque éste sea más imaginario que real. Esta forma privatizada de ejercer el cuidado infantil, contribuye a romper los lazos delicados de la responsabilidad compartida sobre su cuidado. Igual que se dice “no pise el césped que es propiedad privada, se dice “no diga nada a mi hijo”. Nadie se atreve a reprender a un niño que hace algo mal en la calle o en un parque ante el riesgo de tener un encontronazo con sus “propietarios”. Lo que parece

un triunfo de la patria potestad, es nefasto para los propios niños y para la sociedad en su conjunto.

Las denuncias interpuestas por familias al colegio cuya hija se ha caído del columpio de un parque o se ha roto un diente en una salida con bici, no hace más que reforzar todos los mecanismos perversos que van aislando más y más a los pequeños de experiencias y de un entorno cuidador. Estas acciones legales son realmente nocivas para las relaciones de confianza social que se basan en un sentir común de que todos cuidamos y velamos por el bienestar general de los pequeños. Un pacto no escrito que ha regido durante generaciones y que ahora se ve cuestionado.

Los cerrojos se superponen

La sobreprotección sobre la infancia también se ve coreada por el entorno social. Aunque los vecinos no presten ya ayuda material en la crianza, si pueden criticar, señalar y hasta denunciar las prácticas que consideren “inseguras”. Aquellas familias que dejen ir solos al colegio a sus niños son vistas como descuidadas o negligentes y los adultos miran con pena a esos niños “abandonados”.

Así se va consolidando un modelo de maternidad/paternidad intensiva y “los buenos padres/madres” son aquellos que vigilan, acompañan, se desviven, controlan, sufren y previenen a sus hijos de todo riesgo o mal. La hiperprotección se va asentado como la forma única de ejercer el cuidado.

Las instituciones también contribuyen a este clima y cada vez son más frecuentes las normas y reglas que inhiben o dificultan las posibilidades de autonomía de los niños como, por ejemplo, exigir que hasta los 12 años tengan que ser recogidos y entregados a un adulto cuando salen de la escuela.

Aunque estén sanos, sean inteligentes y avispados, todos estos mecanismos no hacen más que restar autoconfianza, responsabilidad y capacidad de autocuidado a niñas y niños. Cada vez más dependientes, con menos recursos para valerse por si mismos, más temerosos, con menos personas de referencias ajenas a la familia, conseguimos que sean más vulnerables.

Peligro, niños

Pero lo que es curioso es que lo que contiene tanto valor y es tanpreciado y querido pueda terminar resultando finalmente... peligroso. La inaceptación social a que los niños y niñas corran el más mínimo riesgo les ha transformado a ellos mismos en una sustancia muy peligrosa para quienes les manejan. Cuidar, transportar o encargarse de un menor será parecido a transportar nitroglicerina, algo que puede dañar o directamente estallar en las manos.

La exigencia de toda una serie de autorizaciones, permisos específicos y seguros de responsabilidad civil, para todos aquellos que pretenden realizar actividades con menores, retrae y limita que muchas personas se expongan a ese temible riesgo.

Todos estos mecanismos no evitan accidentes que, como tal, son imprevisibles, lo que sí están evitando es la disponibilidad a asumir riesgos. Están inhibiendo a algunas personas a que se acerquen, interactúen y cuiden a los niños. Por otra parte, están vetando a que los niños realicen actividades que puedan conllevar algún tipo de riesgo, por nimio o remoto que pueda resultar.

Los ejemplos se acumulan: una profesora de química que decide no utilizar el laboratorio para que sus alumnos no se dañen realizando algún experimento o manipulando algún producto químico; un ayuntamiento que retira los columpios infantiles para evitar caídas; una madre que no se atreve a llevar en su coche a un compañero de clase de su hija; un colegio que prohíbe llevar pasteles caseros al colegio por si hay una intoxicación... Un estado de excepción instalado en gestos diarios que limitan las oportunidades de ser cuidado, de conocer, de experimentar, de compartir y, en definitiva, de vivir y de crecer.

“Cuando se habla de infancia, lo más importante es...”

Igual no está mal dar un paso atrás e intentar salir de ese lugar común en el que estamos instalados que vincula el cuidado de la infancia con seguridad a cualquier precio. Tal vez haya que preguntarse si este sistema de privación de experiencias en esta etapa vital no hace más vulnerables y más pobres a los niños, que ven mermadas sus posibilidades de interactuar con su mundo, relacionarse con otras personas, conocer sus propias capacidades y aprender a valorar y a asumir riesgos.

Tal vez hay que replantearse esta fórmula de seguridad que amenaza a quienes se ocupan de ellos y ellas, con responsabilizarles ante cualquier daño que puedan sufrir, aunque éste resulte imprevisible e inevitable. Esta búsqueda de culpables reduce el número de personas dispuestas a tomar parte en su cuidado, reduciendo su red de apoyos.

Podemos empezar a hacer otros enunciados y junto a seguridad, empezar a introducir otros conceptos, como confianza y libertad. Simplemente empezando a combinar esta afirmación con otras palabras da un resultado es totalmente distinto, ya no se nos puede ir la mano en control y la inhibición.

Tal vez podemos empezar a formular que lo que realmente necesita la infancia es autonomía para desarrollarse y crecer. El enfoque y la aproximación, en este caso, es totalmente distinto porque les sitúa como sujetos de pleno derecho, no como víctimas frágiles a quienes hay que proteger que, como hemos visto, tiene efectos nocivos.

La bicicleta como catapulta de autonomía

La bicicleta es un buen medio para revertir este proceso pernicioso en el que estamos metidos. Por una parte, interpela a la ciudad. Exigir espacio y condiciones para que niñas y niños puedan utilizarla en sus trayectos cotidianos incomoda, no se trata de una medida cosmética que se pueda solucionar fácilmente, porque conlleva cuestionar las reglas básicas del juego del espacio público.

Que una niña o un grupo de menores ocupen la calzada entra en fricción directa con el sacrosanto tráfico urbano. Supone visibilizar a la infancia y que nos cuestionemos como

sociedad si realmente son lo más valioso. En ese caso, tendremos que aparcar o frenar el juguete favorito de los adultos para que ellas y ellos puedan moverse con libertad y seguridad.

Por otro lado, en bicicleta, aunque un menor vaya acompañado de un adulto, nunca puede ir de la mano. La bicicleta lleva implícita una cota de autonomía, de responsabilidad, una cota de riesgo, aunque sea para mantenerse en equilibrio.

Como dice una joven de un instituto de Madrid cuando le pregunté por qué le gustaba montar en bicicleta: “En bicicleta sientes que ocupas un lugar, que manejas un vehículo”. Efectivamente, la bicicleta puede ser un buen medio para que niñas y niños comiencen a manejar su propia vida.